



www.loqueleo.santillana.com

Mi amigo Luki-live

Título original: *Luki-live*

© Del texto: 1978, Verlag Friedrich Oetinger, Hamburg

© De la traducción: 1986, Antonio Zubiaurre

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.santillana.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-456-9

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín Ltda

Primera edición en Colombia: octubre de 2015

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Mi amigo Luki-live

Christine Nöstlinger

loqueleg

Morrales

Cada persona arrastra consigo, como un gran morral, un problema particular. 7

El problema particular de mi padre es la manía por la eficacia. A él le gustaría ser un vago. Desprecia a la gente que es ambiciosa y demasiado arribista, pero él es un ambicioso y arribista nada común.

El problema particular de mi madre es su gordo trasero. Bien es verdad que ella dice que su problema particular es la emancipación de la mujer, pero su trasero no es para ella un obstáculo menor, aunque no lo confiese.

Mi problema particular es la suerte. Y cuando tuve la certeza de que era la suerte mi problema particular, entonces dejó de ser para mí mi temido y pesado morral, casi con toda seguridad.

El capítulo I cuenta cosas de los tiempos que, infortunadamente, hace ya mucho que pasaron

Luki se llamó así desde siempre porque lo bautizaron con el nombre de Lukas. (Su hermano se llama Markus, y cuando su madre estaba embarazada por tercera vez, mi padre y mi madre apostaron una botella de Pernod a que el próximo hijo de los Dostal se llamaría Johannes o Matthäus. La apuesta resultó nula. El tercer vástago de los Dostal fue una Katharina).

Luki-live lo empezaron a llamar cuando ya tenía más de diez años. Las palabras inglesas se le habían subido a la cabeza. Aquello era casi inaguantable. Decía de continuo *let it be* y *take it easy* y *go on*, y *shit* y *let me tell*, y cosas por el estilo. Todo cuanto decía iba adobado, con palabrejas inglesas, más que el solomillo de corzo relleno con tocino. Y cuando contaba algo, decía siempre como remate: “¡Lo tenías que haber visto *live!*”.

El par de golpes que en el otoño pasado le había propinado a Herbert, eso lo teníamos que haber visto *live*. Y cómo puso a la señora Dostal ante la opción de darle más dinero para sus gastos o dejar sin vaciar el cubo de la basura, era algo que teníamos que haber oído *live*. *Live* se había convertido en su palabra inglesa preferida, la que más le gustaba. (Otra cosa distinta era que en los trabajos de inglés escribiera constantemente con “f” esa palabra. Ello se debe a que es disgráfico. Escribe 38 cuando quiere poner 83).

Hace algunos años que Luki no dice ya *live* ni otras palabras inglesas, salvo en la clase de inglés. Pero los nombres son persistentes. A Fredi todos siguen llamándole “la Bola”, a pesar de que hace mucho tiempo que está más flaco que un palo, y Erika continúa siendo “Mausi”, aunque ha crecido hasta alcanzar la altura de un metro ochenta centímetros y tiene la figura de un levantador de pesos al que los pesos se le hubieran caído dentro de la camiseta.

Luki se quedó con Luki-live. Hasta su misma familia se ha acostumbrado a llamarle así. Y Katharina, su hermanita, le dice a secas “Live”.

Yo soy la única que le ha llamado siempre Luki. Probablemente porque desde siempre le he tenido cariño. Pero de ello no me he dado cuenta hasta ahora. Antes no caí en ello. Luki y yo estábamos siempre juntos. No solo en el colegio. Somos vecinos. A los dos nos llevaron por el parque, en nuestros cochecitos de niño, uno junto al otro. Allí jugábamos con la tierra y juntos arrojábamos puñados de arena a los otros. Y cuando la señorita del *kindergarten* castigaba a Luki a estar en un rincón, yo me ponía siempre a su lado. La señorita del *kindergarten* acabó por renunciar a poner a Luki de cara a la pared aunque se portara fatal. La señorita no soportaba que su criatura más juiciosa —esa era yo— estuviera en el rincón constantemente.

11

En la escuela primaria nos sentábamos también uno al lado del otro. Esto, al principio, no fue tan fácil como podría imaginarse.

Nuestra profesora era vieja y bastante extraña. Tenía algo en contra de las clases en las que están juntos chicos y chicas. Al principio —esto se lo contó ella a mi padre— estuvo decidida a jubilarse cuando salió la nueva ley de coeducación. Toda su vida había tenido clases exclusivamente de niñas.

Jamás quiso tener clases de chicos. Y eso de tener mezclados a los chicos y a las chicas le resultaba espantoso de verdad.

12 Sin embargo, no llegó a jubilarse —esto se lo contó a mi madre— porque sentía temor a estar sola. Era soltera y no tenía hijos ni amigos. Y el problema de la coeducación lo resolvió de esta manera: puso dos filas de bancos. Una fila junto a la ventana y una fila al lado de la puerta. En la fila de la ventana se sentaban las chicas, y en la de la puerta los chicos. Y el pasillo que quedaba en medio era la frontera. Y resultaba más fácil entrar sin visado ni pasaporte en la República Socialista Checoslovaca que llegar hasta los muchachos a través de la frontera del pasillo.

Yo no respeté la frontera. Luki tampoco. A los dos nos ponía castigos. Cuatro líneas enteras con estos ejercicios: “Mi mamá me mima”; y siete líneas con estos otros ejercicios: “Tómame tu tomate”. Y entonces me puse enferma. Yo me pongo enferma siempre que me es enteramente imposible aguantar alguna cosa. No enferma de mentirijillas, sino enferma de verdad, con fiebre y con erupción, o con dolor de barriga y convulsiones del

estómago, o con irritación de garganta. “Refugio en la enfermedad” es como se llama esta enfermedad, y mamá dice que contra eso no puedo hacer nada. Ella ha estudiado estas cosas. Es psicóloga.

Mamá dijo entonces que es totalmente equivocado querer cambiar siempre a los niños. No pensaba, dijo, hacer que me pusieran en tratamiento. (Ella misma no puede tratarme. Los psicólogos no saben de la propia familia más de lo que pueda saber la gente completamente normal). Mamá dijo luego que debía seguir siendo tal como soy, que ella intentaría poner en tratamiento “a las circunstancias”. Las circunstancias eran la profesora y la frontera del pasillo central. Mamá intentó convencer por las buenas a la profesora, y también por las malas. Y le escribió cartas, además, porque ella no podía ir continuamente a la escuela; trabaja todo el día.

La profesora siguió con su terquedad: la fila de las niñas, la fila de los niños, el pasillo central, ¡y se acabó! Entonces, papá se estudió la Ley de Enseñanza Escolar, a pesar de que era muy aburrida, y sacó en limpio que no estaba permitido nada de eso de los bancos y del pasillo central y de la separación de sexos.

Mamá suspendió el tratamiento de la profesora. Se fue al director del colegio y le explicó las leyes, y yo pude ponerme bien otra vez y sentarme al lado de Luki durante los cuatro años de enseñanza primaria.

14 Y creo que al cabo de los cuatro años la profesora también estaba curada. En todo caso, nadie notó ya que tuviera nada en contra de la mezcla de niños en clase.

Hasta las vacaciones de verano, todo entre Luki y yo fue completamente normal y transcurrió en la mejor armonía. Luki y yo, en el último banco, junto a la ventana. Primera clase de secundaria, segunda clase de secundaria, tercera clase de secundaria. Luki en mi casa, haciendo deberes. Yo en casa de Luki, comiendo a mediodía y merendando. Y luego —según la época del año—, Luki y yo en el parque o en la pista de patinaje sobre hielo, o montando en trineo, o en el cine, o delante de la televisión. Y si uno de nosotros dos se presentaba solo en cualquier parte, la gente exclamaba enseguida: “¡Vaya por Dios!, ¿está enfermo el otro?”. Y el otro, efectivamente, estaba enfermo.